

Violencia de género: el reciclaje de roles en los y las jóvenes universitarios

GEORGINA LIGEIA RODRÍGUEZ GALLARDO¹

INTRODUCCIÓN

Las y los jóvenes universitarios viven violencia simbólica² durante la conformación y selección de los roles y estereotipos que desempeñarán a lo largo de su vida. Esta selección se encuentra circunscrita a la integración de una familia propia. De igual manera, sus opciones de representación son limitadas a dos roles: el de proveedor y el de ama de casa, lo que delinea sus expectativas a la búsqueda de una pareja con la cual integrar una familia. Tendrán que realizar prácticas de sus roles en ensayos representados durante el noviazgo, el cual bajo los términos de una cultura androcéntrica³ quedará cimentado en la inequidad y desigualdad. Las y los jóvenes se perfilan –como si fuese su destino– a ser madre y padre, no sin un dejo de rebelión a la representación de dichos

¹ Doctora en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Cuenta con diversas investigaciones y publicaciones. Correo electrónico: grodriguez@ags.gob.mx.

² Para Bourdieu, la dominación masculina tiene todas las condiciones para su pleno ejercicio. Es la posición primordial reconocida a los hombres que se afirma en la objetividad de las estructuras sociales y de las actividades productivas y reproductivas, a lo que se suma la división sexual del trabajo de producción y de reproducción biológica y social que confiere al hombre la mejor parte, así como en los esquemas inmanentes a todos los hábitos.

³ Se define como la visión del mundo y de sus relaciones sociales a partir de la visión masculina.

roles y estereotipos, los que finalmente reciclan, matizan o combinan con nuevas actividades. Con dicho maquillaje, son aceptados y reproducidos al interior de su relación de noviazgo.

Bajo esta premisa, la construcción de lo masculino y lo femenino implica la puesta en marcha de una estructura social que lleva aparejada la adjudicación de roles y espacios manifiestos en la definición de los estereotipos, los cuales son ajustados a lo biológico, lo psicológico, lo cultural y lo social que en conjunto definen a la persona social asignada a un espacio y tiempo determinados.

El solo hecho de circunscribir al hombre o a la mujer a un espacio determinado de actuación –público o privado– y la realización de roles determinados –madre o padre– con funciones específicas –ama de casa, crianza y proveedor– todo en función de la continuación de la institución de la familia, es violencia de género. Con el mismo propósito intervienen otras instituciones sociales –religión, educación, gobierno– que tienen como única finalidad garantizar la continuidad del grupo social.

De esta manera resulta prioritario –en las vidas de las y los jóvenes– la integración de la familia y el desempeño de los roles de madre y padre. A esto se suma la renuncia tácita de hombres y mujeres a su libertad, así como el acotamiento de sus aspiraciones a partir de roles e instituciones de una sociedad, cultura y un momento histórico determinado. Esta sujeción garantiza un hecho biológico que es la reproducción de la especie, y un hecho social que es el mantenimiento de la sociedad a partir de la crianza –socialización– de los menores.

Este trabajo se enfoca en la continuidad y vigencia de roles tradicionales de padre y madre, que además disponen de espacios determinados (público y privado) y funciones específicas (crianza y manutención). Para el varón, el rol de proveedor continúa vigente con algunas variaciones, pero bajo su responsabilidad. Para la mujer, la maternidad aunada a la responsabilidad del hogar también la contiene a un espacio y actividad determinados. Los cambios en la representación de estos roles son innegables, pero mantienen su espacio y función, sólo se reciclan, esto es, tienen algunos cambios pero conservan su esencia.

Bajo estos términos, ¿cuáles son las expectativas que las y los jóvenes estudiantes se plantean? Muchos y variados son sus intereses, pero un punto es común para hombres y mujeres: la integración de la familia con la consecuente realización de los roles de padre y madre. No se trata de los mismos papeles desarrollados por sus padres y madres. Ellos

y ellas serán madres y padres diferentes, con matices de modernidad, pero con las mismas funciones y resultados: la perpetuidad de la familia y la factibilidad de la crianza.

El presente documento se centra en la propuesta teórica de Bourdieu y en su concepto de dominación masculina y subordinación femenina, así como en la construcción social a partir de la *sociodicea masculina*.⁴ De esta forma, lo masculino y lo femenino, como construcciones histórico-culturales, se funden en un proceso de objetivización a través del cual se asimilan –a partir de la socialización– y se reproducen como algo natural y biológicamente asignado. No sin un cuestionamiento por parte de las y los jóvenes –dando paso a la innovación al no reproducir íntegramente sino con cambios–, ellos “reciclan”, lo que conlleva a la somatización⁵ de la violencia, reciclando relaciones y roles tradicionales. Es lo que Bourdieu define como la consagración simbólica –durante la cual se concretan y asimilan los roles de dominante (masculino) y dominado (femenino)– en el marco de una relación de dominación de estructuras que reproduce y legitima esta dominación, la cual no sólo se reproduce, sino que se reconoce.

Para este documento se retoma un apartado de la tesis doctoral en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, bajo el título de *Violencia en el noviazgo: el juego de la violencia con cariño*, presentada en el año 2010, donde se realizaron grupos focales⁶ con estudiantes universitarios del municipio de Aguascalientes (2008) de la Universidad Bonaterra, Universidad Autónoma de Aguascalientes y Universidad La Concordia. Uno de los temas tratados fue el de la vigencia de roles tradicionales.

INFORMACIÓN QUE SE PRESENTA

En los resultados de los grupos focales se aprecia la validez de los roles tradicionales, la apertura a nuevos estereotipos así como la resistencia ante la imposición simbólica de la violencia masculina. Es el reconoci-

⁴ Para Bourdieu, la *sociodicea* masculina tiene como función acumular dos operaciones: legitima una relación y la inscribe en una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción social naturalizada.

⁵ Bourdieu señala que sólo a cambio y al término de un formidable trabajo colectivo de socialización difusa y continua, las identidades distintivas que instituye el arbitrario cultural se encarnan en hábitos claramente diferentes de acuerdo con el principio de división dominante y son capaces de percibir el mundo de acuerdo con ese principio.

⁶ Es una discusión en grupo, conformado por personas que comparten características y que por su dinámica permite conocer diversas opiniones de un tema.

miento de la fuerza de instituciones –como la familia, la maternidad–, y de roles –como la belleza, la madre– fundamentados en la sociodicea masculina, donde las y los jóvenes encuentran el propósito de integrar una familia, pues esperan cubrir sus roles de padre y madre en una primera instancia, aunque no se niegan otras aspiraciones: trabajar, tener un negocio propio, estudiar, etc., pero la integración de la familia se aprecia como un paso en la vida: nacer, crecer, formar una familia y morir.

La relación de noviazgo bajo esta mirada –de la continuidad de estructuras de poder– se construye cimentada en la inequidad. Es una etapa en que se presentan opciones de nuevos roles que buscan compartir espacios con equidad e igualdad. Pero la vigencia de roles tradicionales perfila el destino de la relación al ser la conformación de una familia un propósito de vida. Tanto las mujeres desean ser madres como los hombres desean ser padres. Es una visión compartida –de aceptación y rechazo–, una contradicción que genera cambios. Ambos participarán en la composición de una familia, y cooperarán en la educación y responsabilidad de las hijas y los hijos, así como en la manutención del hogar.

Sin embargo, se manifiesta un dejo de permisibilidad por parte de los jóvenes y las jóvenes que señalan: si ella quiere trabajar o no, si *ella quiere* estudiar o no, o en contraparte la mujer se muestra dispuesta a *cooperar* en los gastos del hogar. Bajo estos términos, la relación construida se da en un marco de inequidad ya que el espacio de lo privado, es decir, del hogar, continúa siendo responsabilidad de la mujer, y la manutención del hogar es compromiso del hombre, lo que lo coloca en el ámbito público. Es importante señalar que para ambos la integración de la familia implica una renuncia a la libertad y a sus aspiraciones, entendida la familia como algo natural –ineludible– tanto para hombres como para las mujeres. La conformación de una familia *propia* no es sólo una pretensión, es un objetivo de vida como nacer, vivir, reproducirse –familia y crianza– y morir.

El avance democratizador de la conceptualización del género ha presentado avances importantes tanto para mujeres como para hombres. La apertura de espacios para las mujeres va aparejada de una segregación que se manifiesta de diferentes maneras, se matiza volviéndola invisible; es la violencia somatizada y reproducida que deriva en la repartición de los espacios públicos y privados según el sexo de la persona. Para los hombres ha significado incursionar en el ámbito de las emociones, actividades del hogar y nuevas formas de convivencia y relación con el sexo

opuesto. Es el reciclado de los roles bajo la misma premisa de lo público y lo privado, de lo masculino y lo femenino. "El hombre sigue asociado prioritariamente a roles públicos e 'instrumentales'; la mujer, a roles privados, estéticos y afectivos; lejos de obrar una ruptura radical con el pasado histórico, la modernidad labora por reciclarlo sin cesar" (Lipovetsky, 1999, p. 12). Ni uno ni otro escapan de sus espacios y de sus roles. Los roles tradicionales tan sólo alcanzan a salpicarse de modernidad.

GRUPOS FOCALES CON LAS Y LOS JÓVENES ESTUDIANTES EN AGUASCALIENTES

Para cubrir la segunda fase de la investigación de la tesis doctoral se realizaron grupos focales. A fin de otorgarles voz a las y los jóvenes, era necesario conocer cuáles eran sus expectativas en el noviazgo, sus concepciones de los roles y estereotipos, así como escuchar cómo viven, entienden y toleran la violencia.

Se realizaron tres grupos focales donde se invitó a hombres y mujeres estudiantes universitarios de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, la Universidad Bonaterra y la Universidad La Concordia. La dinámica del grupo focal partió de la selección de un grupo de expertos para la integración de la guía de entrevista y de tres moderadores –los cuales contaban con experiencia de trabajar con jóvenes, conocimiento del tema o bien con práctica en el manejo de grupos focales–. El ejercicio se efectuó en las instalaciones de la Universidad Autónoma de Aguascalientes que cuenta con una cámara Gessel, lo que permitió que se videograban los grupos focales. La información obtenida se transcribió y analizó a partir de parámetros predeterminados.

EL MATRIMONIO, UN OBJETIVO DE VIDA

El noviazgo está sujeto a un contexto socio-histórico y cultural que brinda la oportunidad de práctica con el sexo opuesto y de aprendizaje entre las y los jóvenes para la integración de un matrimonio y una familia. Esto conlleva un proceso de preparación para el cual las y los jóvenes no han recibido ninguna orientación, sino que social y culturalmente han aprendido algunos elementos de lo que es el noviazgo y así lo ponen en práctica. Su importancia radica en el proceso de reconstrucción de roles de género asignados. Un joven señala que:

[...] el noviazgo es una etapa en la cual nosotros vamos demostrando como quien dice, nuestro lado sentimental y en la cual vamos dando, más bien, vamos, experimentando, bueno lo que la otra persona del sexo opuesto los sentimientos que ella tiene, por ejemplo, las actitudes, sus emociones, todo lo que ella siente, pues una mujer, la vas conociendo más detalladamente.

Las y los jóvenes ven en el noviazgo una etapa fundamental para conocerse. Los y las jóvenes socializan en ámbitos separados, los hombres en lo público y las mujeres en lo privado. Lo que forma parte de la construcción del género, esto es, que crecen y se desarrollan como desconocidos entre sí, Bourdieu lo define como irreconciliables. Un joven define la relación de la siguiente forma: "Yo me imagino que no es distinto –ser amigos que novios– porque de todos modos lo que estás haciendo es conocer más a fondo, pero más a fondo, pues en un noviazgo".

El noviazgo es visto por ambos como una etapa preparatoria para la integración de un matrimonio. Los elementos de hogar, familia, maternidad, paternidad no están alejados de las imágenes que se forman en las mentes de las y los jóvenes al iniciar la relación. Parece algo implícito –casi irrevocable– en una relación entre hombre y mujer. Giddens lo plantea como el surgimiento de instituciones de las cuales la mujer es parte fundamental para su existencia y éxito. Un joven señala con determinación que es la búsqueda de la persona con quien se va a casar: "Yo creo que el noviazgo es como un paso para llegar a encontrar a la persona que tú... este... con la que te quieres casar, con la que quieres pasar el resto de tu vida". Por su parte una joven comenta la importancia de la relación:

Yo también pienso que el noviazgo es algo muy importante...este, bueno, yo pienso... que hay que conocer a varias personas para llegar con la persona con la que te quieres casar... porque a lo mejor y conoces primero, por decir, yo... a un chavo y me caso con él y luego me arrepiento cuando ya estoy con él... porque no conocí a más personas.

Las y los jóvenes se encuentran en un proceso de aprendizaje continuo durante el cual asimilan roles y estereotipos, además de buscar nuevas opciones y manera de interpretarlos, a partir de las instituciones sociales vigentes. Bajo esta línea, el noviazgo conlleva un compromiso del cual ambos están conscientes. Este compromiso deja entrever la integración de una familia. Pero también es el conocimiento del otro, el

espacio de intimidad en el que se busca la integración y la complementación. Giddens (1995, p. 46) considera que el amor romántico⁷ es adentrarse a la intimidad separándola de la lujuria, dado por la idealización que de la pareja implica. Un joven señala:

De llegar a un compromiso... digo yo... es que como yo platico con mis amigos, el compromiso es difícil en sí... como dicen, el hombre sí le teme al compromiso, no sé por qué... no quieres estar amarrado (risas de todos), yo soy de la forma de pensar de disfrutar como soltero, como novio, como casado cada quien sus etapas y ya casarte... sí.

Se aprecia el matrimonio como objetivo final del noviazgo, es el siguiente paso de la relación de noviazgo, como si fuera una etapa natural de la vida. Las y los jóvenes ven la integración de una familia como un objetivo de vida: es algo natural y esperado socialmente.

El matrimonio y el noviazgo a lo largo del tiempo han experimentado cambios importantes derivados principalmente del proceso de redefinición de roles y estereotipos, así como de la dinámica económica, social y cultural. Mantienen su esencia aún reciclados como productos de una cultura, de una sociedad y un momento histórico determinados. Esto se aprecia en el análisis de los resultados de los grupos focales en donde se encuentran elementos que fundamentan la transformación y reciclado de roles. Un joven habla del noviazgo reconociendo la necesidad de compartir, de buscar un complemento que le permita relacionarse y de alguna manera se genera un lazo sentimental de necesidad o dependencia con la pareja.

Ahora una novia es más que nada una persona que debe de ser necesariamente tu complemento, o sea, no estamos hablando como un concepto que tendría uno de adulto que es conocerse para después casarse. Sino que simplemente como un complemento que necesitas, es como ese *plus* sentimental, que como por ejemplo estás batallando en algo y necesitas decir, es que yo tengo el compromiso de hacerlo porque tengo una novia y porque realmente necesito que ella se sienta orgullosa, es algo muy curioso (hombre).

En palabras de Giddens, con la creación del amor romántico, las personas dejaron de ser completas y las expectativas de la vida se forjaron a partir del "otro", de encontrar tu completo y compartir. "Se trata de

⁷ Se trata de un proceso de atracción para alguien que puede –como se dice– hacer completa y plena la vida de alguien.

un proceso de atracción para alguien que puede –como se dice– hacer completa la vida de alguien” (1995, p. 46).

Bueno ahorita yo tengo, este, un noviazgo y llevo año y medio con mi novia si yo fuera un adulto yo creo que ya nos casaríamos o algo así, pero yo realmente no estoy pensando en eso, igual más adelante [sic] sucede, pero nos la estamos llevando poco a poco, este, por lo mismo que ella también estudia, yo estudio y los dos trabajamos, no le podemos dedicar todo el tiempo que quisiéramos, quizá por eso no alcanza la dimensión que... tan grande que algunas personas se tienen (hombre).

El noviazgo resulta fundamental para la consagración simbólica de roles tradicionales –proveedor y ama de casa–. Es el proceso de aprendizaje del otro, de la conformación de sus identidades y de practicar sus roles en el marco del noviazgo. Ello cristaliza la dominación masculina, ya que el noviazgo surge de una relación inequitativa y desigual. La juventud se rebela a este proceso, pero cae vencida. Las estructuras sociales entran en juego y tan sólo logran salpicar de modernidad a los roles tradicionales de madre y padre, su margen de interpretación es limitado quedando en un reciclado de roles, que resultan ser instituciones fundamentales (maternidad y paternidad) para la continuidad de la sociedad, ya que la familia garantiza la prolongación de la especie (natural) y de la sociedad (cultural).

VIGENCIA DE LOS ROLES TRADICIONALES A PARTIR DE SU RECICLADO

La manutención del hogar

Del análisis derivado de los grupos focales se puede concluir que las expectativas que las y los jóvenes tienen del noviazgo no se alejan de la validez de los roles e instituciones tradicionales como ser madre, ser padre, la integración de la familia, la maternidad y la paternidad. Estos roles no se mantienen íntegros, han presentado cambios importantes, incorporando nuevos personajes al interior de la familia (niñera, sirvientes), nuevas actividades (estudios, trabajo, actividad social y deportiva) y primordialmente el compartir espacios, esto es, la mujer incursiona en el ámbito público –es competitiva– y, a su vez, el hombre experimenta con actividades de la esfera de lo privado, lo que incluye adentrarse en el ámbito de los sentimientos. El proceso de avance de espacios –para la mujer– de logros académicos y profesionales que le abren las puertas

del espacio público, no ha permitido a ésta alejarse de lo privado, de su responsabilidad de ser madre, de la administración del hogar y de la familia en que ella posee la autoridad, como una concesión.

De esta manera, las aspiraciones de las jóvenes son –desde su propia visión– compatibles con sus responsabilidades del ámbito privado y doméstico. Esencialmente lo moderno y lo tradicional se reciclan. La labor femenina va aparejada de poder, pero sujeta a lo privado, es una autoridad circunscrita al interior del hogar. Por su parte, el joven comparte su espacio público e incursiona en el ámbito privado, generando nuevas experiencias, explorando en sus sentimientos, forjando nuevas formas de relacionarse, pero consciente de su responsabilidad de proveedor de su futuro hogar, y con la intención –que se percibe como deseo– de ser padre y de ejercer una nueva paternidad en la convivencia con las y los hijos.

En este análisis se presentan las opiniones de las y los jóvenes en cuanto a sus expectativas en la relación de noviazgo y de su pareja. En esta exposición se rescata la definición de su rol y de la presión que experimentan por ajustarse a éstos. Los jóvenes mencionan que las jóvenes son diferentes. Esto lleva implícito el reconocimiento de un rol –llamémoslo tradicional– y de una nueva forma de comportarse, de un nuevo rol, de la mujer. Al hablar de diferencia se reconoce lo que es y lo que ya no es. Además de una apropiación por parte de las jóvenes de un rol antes exclusivo del hombre –la decisión para iniciar una relación–, se puede recordar a Bourdieu en la laxitud de los roles durante la etapa de enamoramiento, y en que en el nombre del amor, el hombre experimenta una suspensión –no anulación– de la violencia simbólica. En la cita siguiente se puede apreciar que los jóvenes así lo reconocen. La reacción del grupo fue de risas juguetonas cuando un joven señaló: “Sí, bueno, yo he visto... ayer estaban comentando algo así, que las mujeres de ahora son más aventadas que nosotros (risa); por ejemplo, estaban diciendo que ahora son ellas las que dan el primer paso”.

Otra cita, de un joven en donde si bien se reconoce el cambio, éste no es aceptado, es la espera –por parte de los jóvenes– del ejercicio de un rol tradicional por las jóvenes. La situación de un cambio de roles les resulta incómoda, principalmente por no contar con los suficientes elementos que les permitan enfrentar la situación sin generar conflicto.

En el ejercicio de los roles durante el cortejo resulta muy diferente la reacción entre hombres y mujeres. Es claro que las mujeres se encuentran en una dinámica de selección –de aceptación o de rechazo– lo cual

pueden hacer de manera holgada y sin aparentes remordimientos. Un joven comenta de las jóvenes de zonas rurales: "Sí, allá son muy parecidos a lo que era antes... se quedaron estancadas, más parecidas a las mamás, a las abuelitas".

Para los jóvenes estudiantes, el rol de proveedor —expresado como el pago de los gastos cuando salen en pareja en una relación de noviazgo—, se mantiene vigente, es decir, es esperado por parte de las jóvenes. Este rol de proveedor, de manutención, no sólo es deseado por las jóvenes, sino que se exige, se define como una cortesía donde el hombre sea el que pague todo. El reciclaje consiste en que comparten los gastos o no paga el joven en todas las ocasiones, sin embargo, no sólo se trata de una cortesía, sino es algo que las jóvenes demandan.

— Sí, también, porque cuando te invitan a salir, ellos son los que tienen que pagar... Sí... (mujer).

— Bueno, yo siento que nosotros tenemos más de ése, del compromiso económico, nosotros somos los que damos más como detalles para mujeres... ¿no? (hombre).

— Pues es como decíamos, tú hacer lo que sea por ella, mientras ella esté cómoda, tú hacer cómo sea (risa) pero hacer lo posible por complacerla... (hombre).

Se podría pensar que es algo opcional, que depende de la relación de la pareja y que pueden llegar a un acuerdo de quién paga qué y cuándo. Sin embargo, los jóvenes siguen sintiendo como propia la responsabilidad de cubrir los gastos. En buena parte es una respuesta a su papel de proveedor y actor del marco público que ostenta el perfil económico.

Moderadora: — ¿Y ustedes, sienten la responsabilidad de pagar?

Jóvenes universitarios responden en coro: — ¡Siempre! (hombre).

Mujer universitaria: — A mí me pagan.

Moderadora: — ¿Quién tiene la responsabilidad de pagar? ¿El hombre?

Jóvenes universitarias en coro: — ¡Sí! (Grupos focales con universitarios).

Los roles esperados quedan arraigados en la juventud con plena conciencia de la responsabilidad económica que representa el establecer una relación de noviazgo. A la pregunta de lo que implica este compromiso, un joven responde:

Responsabilidad... responsabilidad económica... fidelidad (risas de todos), sí, yo creo que económica, sí son varios aspectos... y estar totalmente seguro porque también a

veces nos da temor: me voy a comprometer y todo, y ya a la mera hora... Estás todo el día, estás ahí y te puede cambiar todo y... a lo mejor te puede cambiar todo.

Es un proceso de mediación en la pareja llegando a un acuerdo durante el noviazgo, el cual no necesariamente se mantiene vigente en el matrimonio, ya que la mujer cederá a cooperar, pero no a la responsabilidad económica plena. Por su parte, el joven establece que en el matrimonio él será el responsable, para no perder el respeto por parte de su pareja.

El hecho de que el joven pague resulta penoso para algunas jóvenes, al grado de sentirse dependientes. Una joven comenta *que si fuera su esposo* los dos tienen obligación de cooperar, es un compromiso compartido, pero como novios no tiene la responsabilidad. Para los jóvenes resulta complicado empatar las nuevas opciones de rol con los roles tradicionales, y se le asigna un valor de galantería para continuar otorgándole el carácter de proveedor al hombre. Las jóvenes por su parte se sienten incómodas principalmente porque pague el novio y se sienten obligadas a compartir o pagar sus gastos.

Es padre... que cuando tienes un novio que te paga todo... pero, por ejemplo, yo me sentía incómoda... sí, había veces que le decía: no, es que eres mi novio, no eres mi papá, no eres mi esposo yo también tengo dinero y no, es que... y para una, pues, más a gusto obviamente, pero yo sí me sentía mal, como que no... Ya si es tu esposo, como que tienen los dos la obligación de cooperar para la casa, pero si es tu novio, yo no veo como que tenga que pagarme a mí mis gastos, o sea, no... igual y a mí no me gusta sentirme dependiente de alguien, así como... si salgo con él, entonces él paga todo... a mí no me gusta ser dependiente de nadie (mujer universitaria).

Esta exigencia por parte de las jóvenes convive con la concesión de otras jóvenes, esto es, se percibe una opinión dividida, entre cooperar y un acto de cortesía. De esta manera, el compartir el gasto que representa el salir juntos es visto como algo necesario, así como es incómodo que el joven pague todo. Un joven señala:

No, es diferente... ella (haciendo referencia a lo expresado por una de las jóvenes) porque está acostumbrada al ambiente de los machos (risas generalizadas) y ellas están acostumbradas a *Yo pago*... Yo pago y no es diferente como dice él, a veces yo, a veces ella. Nos ayudamos, cada quien mitad y mitad, pero a lo mejor ella está acostumbrada a esos chavos de *Yo pago todo*, ¿verdad?

Los jóvenes esperan que sea la joven la que se ofrezca a pagar su parte, es una opción para ella, pero visto como obligatorio para el hombre, o bien una concesión de la joven en caso de compartirlos.

Moderadora: – ¿Ustedes se lo han planteado a ellas?

Hombre: – No, ya por lo general, ella dice: no, pos déjame a mí... yo pago esto y tú pagas lo otro... pero no se plantea... ellas mismas.

Para los jóvenes esta espera-exigencia de que ellos paguen todo les resulta estresante. Principalmente porque no siempre disponen del dinero suficiente para cubrir los gastos de salir con la novia. Esta responsabilidad los obliga a contar con un empleo remunerado.

Económica... sí... sí... sí sales con una chava que está acostumbrada a que todo le paguen (risas de todos) es muy difícil porque no siempre... no vas a tener todo... siempre el poder adquisitivo para invitarla hoy al cine, mañana al antro y mañana a comer, es difícil para uno. Por eso, ya cuando se generan las cosas así, sí es difícil, digo... la primera cita, ya cuando la vas a conocer sí es lógico que tú vas a pagar... es obligación... la primera cita como que sí, pero ya después vas entendiendo y es rara la mujer que acepta eso (hombre).

Los roles de proveedor y de ama de casa resultan fundamentales para la continuidad de la familia y la crianza de los menores. Las y los jóvenes tienen asimilados estos roles que se ponen en práctica durante el noviazgo, etapa de ensayo de la relación formal de pareja derivada de un matrimonio y que tiene como finalidad la integración de una familia. Sin embargo, las y los jóvenes cambian de generación en generación, incorporando cambios a los roles de proveedor y de ama de casa, irrumpiendo en diferentes espacios –público y privado, según sea el caso– y generando cambios en sus roles, reciclándolos, pero manteniéndoles vigentes y operando.

Las jóvenes en un ejercicio de equidad ya no ven como una obligación que el novio les cubra gastos, y ello las hace sentir incómodas –lo que deriva en un conflicto entre lo que se dice y lo que hacen–. Apparently se establece un acuerdo de cooperación al interior de la relación de noviazgo, con la preeminencia del rol de manutención en el joven. Sin embargo, distinguen entre la relación actual de noviazgo, y lo que sería la relación formal del matrimonio, en que ellas también quieren *participar* en el sustento del hogar, no tener la responsabilidad

total, ésta continúa siendo del hombre. Es lo tradicional interactuando con nuevos roles, con una mujer que trabaja, y que es también proveedora, al igual que el hombre que participa de diferentes formas en el interior del hogar, y en el cuidado de los menores, de manera diferente cada uno, pero manteniendo sus respectivas responsabilidades, esto es, el uno supervisa al otro conforme sea el ámbito de su entendida competencia.

Aparte, yo creo que la sociedad actual, sobre todo, nosotros los jóvenes que somos los que estamos, ya a punto, digamos, del matrimonio, yo creo que estamos cambiando poquito porque ya está muy fuerte el *boom* de la igualdad de género entonces yo tengo muy... muy... estoy muy apegada a la idea de que, bueno, a lo mejor a mí me gusta que a lo mejor me inviten al cine o un café, pues yo igual siento igual de padre de, a lo mejor yo le diga: ahora yo te invito. ¿Eh?, es lo mismo. Igual si yo me comporto de esa manera con mi novio, no veo por qué tenga que cambiar en el matrimonio, sigue siendo lo mismo y ahorita cada vez es menos popular la idea de que la mujer tenga que quedarse en casa, ser ama de casa, ya las mujeres tenemos mucha sed de independencia y para nada yo creo en la idea de que el hombre es el que tiene que salir y la mujer quedarse en la casa a cuidar niños...o sea, esa idea a mí ya se me hace totalmente antigua, anticuada, poco funcional, incluso yo no creo... sí tiene todavía el hombre mucho esa actitud, no la censuro tampoco, está bien que se sienta el proveedor, el protector y todo, pero, uno también... somos iguales, yo también puedo, los dos contribuimos, y es lo mismo en un noviazgo yo no tengo por qué esperar que él me dé nada, puesto que no hay una obligación porque es un noviazgo, porque no, no la hay... y ¡claro! que si te regalan algo y te invitan pues porque te quieren, porque les nace, y todo... y bueno, eso está bien... pero yo no me voy a poner a exigirle: ¡oye, ¿por qué no me sacas al cine?, ¿por qué no me sacas al antro?, o sea... así en el noviazgo no existe ese tipo de obligación... (mujer).

Las jóvenes emprenden una lucha cognitiva en contra de la violencia simbólica institucionalizada y reproducida. Con la posibilidad de superar la sumisión⁸ (Bourdieu, 2000, p. 26) –del dominado–, son parte de las manifestaciones de lo femenino, no idéntico sino reciclados e institucionalizados. En otras palabras, la maternidad y la familia –lo femenino– continúan siendo parte del papel de la mujer, ahora con un valor

8 Bourdieu lo define como la acción de los dominados de que sus pensamientos y sus percepciones están estructurados de acuerdo con las propias estructuras de la relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de *reconocimiento*, de sumisión."

agregado, a lo que Bourdieu describe como somatizado por el dominado, queda subjetivado, reproducido y reciclado (Lipovetsky). El joven, por su parte, asume su responsabilidad de jefe de familia, lo que implica el rol básico de proveedor dando seguridad al entorno familiar y a la posibilidad de reproducción y crianza de menores; puede compartir este compromiso con una mujer que trabaja, pero sabe sin duda que es de su competencia. A estos roles fundamentales –ama de casa y proveedor– se les ha asignado un valor como primordiales para la sociedad, por lo que las y los jóvenes lo ven como algo natural, un paso más, un objetivo de vida.

Sentimientos y el apoyo de la pareja

Si bien, se adjudica a la mujer el ejercicio de los sentimientos y lo relacionado con la emotividad, encontramos una clara apertura –sin cuestionamientos, sin prejuicio– de los jóvenes para el ejercicio de este rol de forma natural, y buscan a su pareja para poder expresar lo que aparentemente no pueden hacer con otros hombres. Se percibe en ellos una necesidad. Un joven comenta al respecto:

Bueno, en algunas cosas sí es nada más para andar presumiendo, pero ya algunos que, por ejemplo, que sí buscan una relación seria, es para no sentirse solos, es para compartir con alguien y compartir lo que tú sientes en ese momento, lo que tú tengas, pues tú de resentimientos y cosas así que quieres contárselas a alguien más, pero también no tienes la confianza a un amigo, cosas que no puedes contárselo fácilmente a otras personas.

En esta cita se puede identificar una contraposición a lo dicho por Giddens en donde los hombres quedan excluidos del ejercicio de los sentimientos, más bien parece una necesidad de expresarlo: "Desde el comienzo de las transformaciones que afectan al matrimonio y a la vida personal, los hombres por lo general han quedado excluidos del dominio del desarrollo de la intimidad" (Giddens, 1995, p. 62).

El apoyo recíproco es una característica fundamental para el noviazgo. Se puede identificar una distinción entre el joven que busca comprensión-apoyo, y la joven que busca apoyo-protección, efectuándose con ello una reproducción de estereotipos y de roles que conforman lo masculino y lo femenino. Sin embargo, la necesidad de apoyo es una constante en ambos casos. Un joven comenta: "Pues, más bien para

tener una persona que esté ahí, y que te comprenda y que te apoye". Por su parte, una joven señala la importancia del apoyo: "Bueno, yo creo que te sientes apoyada, si tienes a alguien aparte tienes un amigo que te ayuda, te sientes apoyada, protegida".

El apoyo llega a convertirse en una necesidad en el ejercicio de la relación de noviazgo para las y los jóvenes, si bien identifican cuando ésta llega a ser un problema:

Esas relaciones se dan cuando hay dependencia emocional, cuando hay dependencia emocional, en cuanto que tus emociones dependen de lo que la otra persona haga, de lo que la otra persona diga, es ahí cuando tú dejas de ser tu mismo, como que realmente te encasillas en solamente querer agradar a esa persona y personalmente te limitas a ti mismo y es cuando la relación se vuelve enfermiza.

Belleza versus personalidad

No sólo son las diferencias físicas las que son valorizadas de manera distinta y que al atribuirles un valor y jerarquización adquieren un lugar dentro de la estructura social. La visión androcéntrica de las culturas se sostiene en estas diferencias físicas y visibles desde las cuales se lee y se interpreta la totalidad del mundo natural y social. Estas diferencias anatómicas son definidas cultural e históricamente. Lo que significa que es algo que está en continuo cambio de acuerdo al momento temporal y espacial y, por tanto, visto como algo natural y normal. El mundo queda dividido en dos –una parte para mujeres y otra parte para hombres–, lo público para ellos y lo privado para ellas. A lo que se suma una valoración social asignada al reconocerse estos dos sexos y sus papeles en el proceso de reproducción, como lo moralmente correcto.

La división entre los sexos parece estar en el orden de las cosas, como se dice a veces para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser invisible: se presenta a un tiempo, en su estado objetivo, tanto en las cosas (en la casa por ejemplo, con todas sus partes sexuadas), como en el mundo social y, en estado incorporado, en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes, que funcionan como un esquema de percepciones, tanto de pensamiento como de acción (Bourdieu, 2000, p. 21).

Por otra parte, los jóvenes se mostraron inclinados a rechazar el físico y destacan el cómo es la joven novia. Un joven señala: "El físico y la forma de ser de la persona." Otro joven: "Yo creo... que lo que importa

más es cómo es la persona. Ya deja de importar su físico; su forma de ser contigo, lo físico ya pasa a un segundo plano”.

El diálogo, en el desarrollo de los grupos focales, permitió que se dieran opiniones encontradas, como es el caso de un joven que comentó que los roles de los padres-madres se repiten en hijos e hijas:

Más bien están buscando ahora... todo está en la búsqueda... están en un proceso de igualdad, creo y también que el hombre está en un proceso de adaptación a eso porque siempre se ha dado como mayor libertad al hombre que a la mujer y en ese sentido sí va a haber muchas situaciones que van por herencia, si el papá es así entonces el hijo... es muy probable que sea así; igual si la mamá es sumisa la hija es sumisa, y también se va dando dependiendo de las familias... sabes cómo va a ser la chava, es igual, es igual ambos compartimos y no tenemos problemas en eso, pero sí, todavía hay un rezago en eso, hay un poquito de rezago sobre todo si uno se va a comunidades, comunidades rancherías y se encuentra totalmente diferentes a las mujeres de ahí.

La relación de noviazgo ofrece a las y los jóvenes el apoyo necesario para continuar con un desarrollo social satisfactorio, a ello se suma que el noviazgo es un espacio de rescisión de roles, de la oportunidad de generar nuevas visiones de lo mismo, y en donde entran en juego estereotipos (la importancia del atractivo físico, el macho) que son cuestionados y transformados. La exigencia de dichos estereotipos y roles genera presión en la y el joven, pero a pesar de ello buscan consagrar su relación como parte de una razón de su existencia.

Se debió a un trabajo ininterrumpido, incesantemente recommenzado, que puede ser arrancado de las aguas gélidas del cálculo, de la violencia y del interés, la *isla encantada* del amor, ese mundo cerrado y perfectamente autárquico que es el espacio de una serie continuada de milagros: el de la no violencia, que hace posible la instauración de relaciones basadas en la plena *reciprocidad* y que autoriza el abandono y la entrega de uno mismo, el del reconocimiento mutuo, que permite, como dice Sartre, *sentirse justificado por existir...* (Bourdieu, 2000, p. 134).

Sin embargo, los estereotipos de la juventud que definen su pareja ideal, se han transformado, el físico ya no tiene tanta importancia, dando mayor peso a características de la personalidad. Las jóvenes se muestran contundentes entre continuar o terminar al grado de entretenimiento y diversión que le ofrece la pareja. Una joven comenta: "También dependen

del chavo, de su forma de ser, si me aburre, pues ya lo corto, pero si es buena onda, me cae bien y es lindo, pues lo que dure, depende.” Otra joven señala que: “Yo un 90% en el físico y 10% en lo sentimental.”

La elección de la pareja no siempre se apega a los estereotipos anhelados o soñados, pero eso parece no importarles a los jóvenes. Un joven señala:

Pues yo creo que nunca, uno como hombre tiene así un ideal de que la chava que sea bonita y buena onda, yo creo que es muy difícil encontrar así, a la persona que realmente encaje en ese tipo. Y de hecho hasta mi novia se burla de mí, porque yo pinto, y a veces pinto a esa persona y mira a la persona que te andas consiguiendo, ella es chaparrita, un poco gordita, o sea completamente diferente en lo físico, pero en cuanto a la persona, sí es la persona que coincide con ella. Entonces, yo digo que tal cual, así con todas las características, no, nunca va a ser.

El delineado del ideal de pareja de las y los jóvenes no puede ser independiente de un contexto social e histórico determinados, de un proceso de socialización al que se han visto sujetos. Por tanto, la juventud hidrocálida perfila sus ideales a partir de la construcción de lo masculino y lo femenino, transformados, reciclados con cambios sustanciales. Sin embargo, en análisis derivado de los grupos focales se aprecian cambios importantes, pero es innegable el juego entre los roles modernos y los roles tradicionales. Lipovetsky habla de una supremacía masculina que inscribe a la mujer.

En consecuencia, el ‘progreso’ de las mujeres en los peldaños jerárquicos del poder apenas se halla en sus inicios. Sin embargo, las fuerzas que inscriben a la mujer del lado de lo ‘privado’ siguen siendo tan impositivas que no cabe decir que la supremacía masculina en las organizaciones esté en vías de desaparecer (Lipovetsky, 1999, p. 277).

En este proceso de definición, los roles y estereotipos son asimilados y reproducidos por los y las jóvenes en dos momentos: al representarlos y al buscarlos en su ideal de pareja. Para las y los jóvenes, el mantener su noviazgo resulta difícil. Se entremezclan muchos factores o bien intereses distintos que generan fricciones. De esta forma, el noviazgo es la manifestación de roles diferentes que entran en conflicto en la práctica, principalmente porque las y los jóvenes carecen de elementos para negociar –de forma armónica– sus espacios, derivando en un problema, según señala una joven universitaria:

En la actualidad, la mayoría de la parejas terminan no por conflictos, sino por intereses distintos; hasta [en] el matrimonio, a lo mejor la mujer quiere trabajar, quiere estudiar y el hombre no quiere, quiere otra cosa; yo pienso que en la mayoría de las relaciones es por eso, por intereses distintos que tienen las personas, planes que a lo mejor el otro no quiere hacer, porque interfieren con los planes del otro, y los dos siguen sus proyectos. Sus planes de vida son distintos y no concuerdan, yo pienso que la mayoría es por eso.

CONCLUSIONES

Para comprender el género es necesario ampliar el espectro de su estudio considerando nuevas dimensiones para su análisis con el fin de contar con nuevas perspectivas de lo que es lo femenino y lo masculino. Las nuevas generaciones tienen ahora más opciones para convertirse en entes femeninos y masculinos, las cuales se cierran si se circunscribe conforme a las diferencias físicas, y si se actúa de acuerdo con las expectativas que las diferencias adjudicadas les permiten.

Las estructuras de dominación vigentes y activas en los diferentes ámbitos de desarrollo, propician la reproducción continua, si bien con cambios, pero vigentes. Ser dominante o dominado se encuentra inscrito en las estructuras culturales y genéticas que son reproducidas de manera tácita, lo que da continuidad a la dominación masculina siempre con el factor de la ruptura por parte de los actores –generalmente los dominados–, lo que da paso al cambio, la transformación y la innovación, pero manteniendo la permanencia de un orden social.

Para Bourdieu, el género queda institucionalizado y convertido en un hecho social, esto es, inscrito en la objetividad de las estructuras sociales y en la subjetividad de las estructuras mentales. A partir de ello se da a los sexos la asignación de roles de género, con fundamento en diferencias biológicas en que los comportamientos de cada uno son vistos como naturales y de esta forma son aceptados, reproducidos y finalmente, reciclados. Esta construcción del género, a partir de una interpretación binaria de los sexos, de roles, de espacios y de una división del trabajo como algo biológicamente dictado, se encuentra en un profundo cuestionamiento generando ruptura y cambio. Este proceso ha impedido avanzar en el desarrollo de la interpretación del concepto del género, ya que no hay comportamientos de origen para cada uno de ellos.

Al conocer la variedad de formas de simbolización, interpretación y organización del género se llega a una postura antiesencialista: no existe el hombre natural o la mujer natural; no hay conjuntos de características o de conductas exclusivas de un sexo, ni siquiera en la vida psíquica. La inexistencia de una esencia femenina o masculina lleva a desechar la supuesta superioridad de un sexo sobre otro y a cuestionar hasta dónde hay una forma natural de la sexualidad humana (Lamas, 2006, p. 60-61).

A esto se suma la combinación de lo público y lo privado y se fortalece creando instituciones que enmarcan y reciclan roles tradicionales que confieren a la mujer la responsabilidad de la maternidad y de la familia, a partir de la creación de toda una infraestructura institucional aparejada de políticas sociales que la respalda en sus tareas del hogar como son las guarderías, licencias por maternidad, permisos por maternidad, etcétera. Estas políticas llamadas afirmativas son, en su efecto real, el resguardo de la maternidad en manos de la mujer, sí con una mayor participación del hombre en el proceso de cuidado de los menores, pero con mayor compromiso adjudicado hacia la mujer. De esta manera no se puede plantear una crisis de roles, sino más bien la conformación de nuevas formas de expresar los mismos roles binarios, masculino y femenino.

Sólo los valores machistas, los signos más enfáticos de la virilidad se ven devaluados. El fenómeno significativo no radica en la crisis de la masculinidad, sino en su permanencia identitaria más allá de las formas eufemizadas que reviste. El ansia de dominio, la necesidad de medirse con los demás, el gusto por ganar siguen siendo principios más interiorizados en el hombre que en la mujer... Lejos de estar caduco, este modelo se perpetúa, siquiera sea desprovisto de su dimensión guerrera (Lipovetsky, 1999, p. 282).

La dinámica posmoderna de la emancipación femenina no implica la homogenización de los roles de uno y otro género, sino la persistencia del papel prioritario de la mujer en la esfera doméstica, combinando con las nuevas exigencias de autonomía individual (Lipovetsky, 1999, p. 268).

En los mecanismos de legitimación e institucionalización de la violencia simbólica –violencia de género– se encuentran las representaciones culturales y sociales de cuerpos sexuados, el lenguaje, entendido en palabras de Judith Butler, como agencia, acto prolongado o una representación con efectos, probablemente en los cuerpos sexuados que encarnan las relaciones de poder entre los sexos y que se logran expresar en la identidad de género; y los mecanismos psíquicos del poder, que

facilitan la sujeción a los procesos de dominación y la naturalización de la reproducción de la ideología de dominio. Para Butler, el poder no sólo es anterior y externo, sino que es presente y futuro, por lo que condiciona los resultados de la rebelión al sometimiento. Esto es, el marco de la sociodicea masculina se recicla, no se supera.

Pero el poder asume su carácter presente mediante un cambio de dirección, el cual provoca una ruptura con todo lo anterior y se disimula como potencia que se inaugura a sí misma. La reiteración del poder no sólo temporaliza las condiciones de subordinación, sino que muestra que éstas no son estructuras estáticas sino temporalizadas, es decir, activas y productivas (Butler, 1997:27).

El individuo –en su categoría sexuada y de género– queda limitado ante la complejidad de la construcción de sí mismo. Sin embargo, la somatización parte de prácticas y de hábitos distintivos, diferentes y valorizados, que surgen de una percepción y ordenamiento social de dominante y de dominado, de identidad culturalmente construida de lo femenino y lo masculino, generadora de prácticas y categorías construidas y comportamientos del dominado, que a su vez reproducen la dominación masculina y con ello reciclan roles tradicionales, procesos que son ejercidos y asumidos tanto por el dominado como por el dominante. “Esta forma especial de dominación a condición de superar la alternativa de la coacción (por unas fuerzas) y del consentimiento (a unas razones), de la coerción mecánica y la sumisión voluntaria” (Bourdieu, 2000, p. 53).

La violencia de género se asimila y se reproduce. Entendida así, la consagración simbólica es la suma de dos partes: la dominación masculina y la sumisión femenina, la que en palabras de Bourdieu, es espontánea e impetuosa y que genera en su reproducción efectos duraderos en el orden social (objetivado) el cual ejerce una coacción, que sin resistencia se actúa conforme a las estructuras de dominación. Los roles tradicionales renovados, reciclados, continúan circunscritos en sus respectivos espacios, con cambios, sí, pero en el marco de lo público y lo privado reconstruido a partir de la división dicotómica.

Las nuevas generaciones cuentan con una amplia gama de opciones de roles, estereotipos y espacios para ocupar. Esto ha implicado negociar la antes exclusividad de sus espacios. Lo privado y lo público ya no son privativos de unos o de otros, si bien la maternidad parece ser la excepción –por su implicación biológica al ser exclusiva de la mujer–.

Sin embargo, el cuidado de los menores –crianza– está en negociación: el hombre participa cada vez más, además de que se dispone de otros actores que participan en esta actividad como son los centros educativos, las guarderías, entre otras. Aun con estos cambios, el cuidado de la descendencia continúa siendo privativo de la mujer y la manutención del hogar del hombre.

Esta definición y conceptualización de lo que define a un hombre y a una mujer es incorporada en un amplio espectro de consideraciones en el que los roles son entendidos como comportamientos esperados y asignados, no fortuitos, donde los roles deben de ser entendidos en una estructura cultural que les da forma, los define y mantiene como opuestos irreconciliables asignando al hombre el espacio público –de dominio– y a la mujer el espacio privado –de subordinación–. Esta clasificación es realizada a partir de diferencias biológicas, naturales, consideradas legítimas por un consenso social a partir del cual quedan objetivadas y asimiladas en lo subjetivo como formas de percepción, de pensamiento y de acción.

Las y los jóvenes se enfrentan a los roles tradicionales, pero debido al peso que tienen en la funcionalidad y necesidad de preservar a la familia, procreación y crianza, su rebelión sólo logra impactar en matizar estos roles, pero el rol de proveedor continúa en el ámbito público entendido como responsabilidad fundamental del hombre y el rol de ama de casa –madre– continúa en la esfera de lo privado siendo responsabilidad de la mujer. Ambos comparten espacios, roles, responsabilidades en diferentes dimensiones, pero como una concesión, ya que la adscripción continúa.

Los roles e identidades no son estáticos, se van renovando, adecuándose a la época y a los contextos socioculturales, por lo que la identidad femenina y la masculina se han ido modificando, abriéndose a nuevos espacios de actuación, adentrándose en áreas públicas y privadas, cediendo el espacio privado y público, antes exclusivos y adjudicados por su "naturaleza" . El ser mujer o el ser hombre –visto como sujeto social– es dinámico, pero está supeditado a un espacio histórico de símbolos culturales. Buscan y propician una resignificación de sus patrones culturales. Lo que genera el cambio social es el cuestionamiento y reinterpretación de sus identidades. ❀

REFERENCIAS

- Bourdieu, Pierre. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Butler, Judith. (2006). *Des hacer el género*. España: Editorial Paidós.
- _____ (2001). *Los mecanismos psíquicos del poder. Teoría sobre la sujeción*. Madrid.
- Giddens Anthony. (1995). *La transformación de la intimidad: Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ed. Cátedra.
- Lamas Marta. (2006). *Feminismo. Transmisiones y retransmisiones*. México: Ed. Taurus.
- Lipovetsky, Guilles. (1999). *La tercera mujer*. Barcelona: Editorial Anagrama.